

PR 5319

.A2

A 44

L 831

V. 4



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

EL TRADUCTOR

A LOS QUE LEAN Ó DELETREEN
ESTA NOVELA.

Si yo no me equivoco mucho, señor lector, curioso ó desocupado, este tomo cuarto y último es el mejor y mas interesante: es como el desenlace de una obra dramática, que los primeros no habian hecho mas que preparar. Antes de llegar á él, me habrán puesto de pelo de conejo los lectores críticos y murmuradores, que los hay como moscas; porque no traduzco á Walter Scott al pié de la letra. En cuanto á eso hay mucho que decir. Si el tal escritor de novelas sémihistóricas diese una vueltecita por España, se vestiria en lo posible á la española, y se guar-

010706

daria, como de orinarse en la cama, de decir, jactandose que es de la religion reformada, ó, lo que es lo mismo, herege:

Oderunt pecare mali formidine pœnæ.

Del mismo modo los Judíos, cuando ponen los piés en España en busca de pesetas, tienen buen cuidado de pelarse las barbas, y taparse el rabo con pantalones tan anchos como los calzones de los Maragatos, porque *con el Rey y la Inquisicion ¡chiton!* Asi hago yo en estas novelas, que se me ha metido en la cabeza traducir al español castizo. Si es hembra, como la *NOVIA DE LAMMERMOOR*, la visto con mantilla y basquiña, y procuro que menee al andar las caderas, como las Gaditanas. Si es macho, como *KENILWORTH*, le pongo un traje de manolo, y un cigarro habano en la boca, y le hago escupir por el

colmillo. Si se enfada, le hago decir: *¡porra de claveles! ¡naranjas de la China! ó ¡por vida del otro Jesus!*

Asi espero que mis extranjeros disfrazados podrán pasearse libremente por los dominios de ámbos mundos de S. M. C. el Señor Don Fernando VII, Rey de España y de las Indias, y que podrán pasar por entre los vistas y los inquisidores de las aduanas de las fronteras y del interior, aunque se pongan anteojos en las narices de la cara.

Lo malo es que el bueno de Don Pedro BEAUME, impresor eterno y correcto de obras españolas, ha tomado muchos años ha el prurito de poner en el frontispicio de todas las que imprime: *En Burdeos, en la imprenta de Don Pedro Beaume. ¡ Rutina! ¡ manía! ¡ vulgaridad!* Otros hay que no son tan jactanciosos ni tan cándidos; y siguiendo aquella máxima que

viii

dice: *puesta la ley, puesta la trampa*, pónen: *En Valencia, por Salvador Fauli; en Valladolid, por la viuda é hijos de Santander, etc.* y les va muy bien. En fin, esperemos en Dios y en la Virgen santísima concebida sin mancha, que tarde ó temprano llegarán estas Novelas á manos de los lectores españoles; y ¿quien sabe si tal vez se dignarán muchas lectoras españolas leer estas obrillas con aquellos ojos que tienen tan negros, tan hermosos y tan retrecheros? Asi sea.



KENILWORTH.

CAPITULO XXXIII.

Abusais de mi paciencia:
Yo no entiendo este proceso;
Y si no hablais con mas seso,
Voy á levantar la audiencia.

BEAUMONT Y FLETCHER.

No es nuestro intento dar una relacion minuciosa de todas las fiestas que hubo en Kenilworth, como lo ha hecho Roberto Laneham, que hemos citado al fin del último capítulo. Nos bastará decir que despues de los fuegos artificiales, que hemos descrito con el auxilio del elocuente portero de la cámara del consejo, atravesó la reina la torre de Mortimer, entró en el patio de Kenilworth, y pasando en medio de una comitiva de dioses del paganismo y de héroes de la antigüedad, que le ofrecian de rodillas algunos presentes y sus homenages, llegó al fin á la sala grande del castillo, adornada magníficamente para recibirla. Por todos lados se veian brillar ricas colgaduras de seda:

las antorchas embalsamadas esparcian al mismo tiempo luz y perfumes, y se oía una música deliciosa. En el extremo de la sala había un trono magestuoso, y detras de él una puerta que conducía á las habitaciones adornadas con el mayor lujo, que se habían destinado para la reina y las damas de honor.

El conde de Leicester dió la mano á Isabel para ayudarla á subir al trono; cuando se hubo sentado, se arrodilló delante de ella, y con un ademan en que se veía mezclada una galantería respetuosa y caballerosa á la mas leal y afectuosa adhesion, besó la mano que ella le presentó, y le dió las gracias, con el acento de la mas viva gratitud, por el honor que le hacia, que era el mayor que puede hacer á un súbdito su soberano. Habia en el semblante del conde tanta gracia y espresion mientras estaba arrodillado delante de la reina, que tuvo ella tentaciones de dilatar esta escena algunos momentos mas de los que se necesitaba en rigor. Al retirar su mano, tocó un poquito la hermosa cabellera del conde, que pendia en rizos perfumados, y la emocion del placer, que dejó ella entrever, hizo pensar á mas de cuatro que de buena gana, si se hubiese atrevido, le hubiera hecho alguna caricia. Leicester se levantó, y cerca del trono esplicó á Isabel los diferentes pre-

parativos que se habían hecho para su recibimiento y diversion: todo lo aprobó la reina con su gracia acostumbrada. Pidióle despues el conde le permitiese, igualmente que á los demas caballeros que la habían escoltado durante el viage, retirarse un momento para volver despues en trage mas conveniente y mas digno de su corte. — Durante nuestra ausencia, añadió mostrando á Varney, Blount, Tresilian y otros, estos señores, que han tenido tiempo de mudar de vestido, tendrán el honor de quedar al lado de vuestra magestad.

— Consiento en ello, señor, respondió la reina: pudiera vm. muy bien ser director de un teatro, pues manda de esa manera á dos compañías de actores. En cuanto á nos, os trataremos hoy sin ceremonia: no es nuestro designio mudar de trage de camino, hallandonos fatigada del viage que nuestros fieles súbditos han hecho muy largo, al paso que el amor que nos han manifestado lo ha hecho delicioso.

Despues de haber recibido el permiso, se retiró Leicester, y los demas caballeros que habían escoltado á la reina salieron igualmente. Los que habían llegado los primeros, y se habían vestido ya en trage de corte, quedáron en la sala; pero como todos eran

de un rango inferior, quedáron á una distancia respetuosa del trono. Las penetrantes miradas de la reina hicieron alto en Raleigh y otros dos ó tres caballeros que conocia su magestad personalmente. Les dijo por señas que se acercasen, y los recibió con mucha gracia. Raleigh especialmente fué muy bien acogido, por no haber ella olvidado ni la aventura de la capa embarrada, ni los versos de la vidriera. Se dirigió á él muchas veces para pedirle informes sobre el apellido y el rango de los que se hallaban presentes. Las respuestas de Raleigh, en que habia tal vez su sal y pimienta, como se puede decir, agradáron mucho al parecer á Isabel. — ¿Y quien es ese rústico, dijo mirando á Tresilian, que tiene tan mal vestido y tan gallarda presencia?

— Es un poeta, si vuestra magestad no lo lleva á mal, respondió Raleigh.

— Desde luego me lo habia imaginado yo al ver su pelage. No parece sino que todos ellos han hecho voto de ser andrajosos y estrafalarios. Los he conocido tan distraidos, que aun arrojaban sus capas en los barrancos.

— Era sin duda cuando el sol ofuscaba sus ojos y su juicio, respondió Raleigh.

Isabel se sonrió y dijo:

— He preguntado á vm. el nombre de ese

personage, y solo me ha informado de su profesion.

— Llamase Tresilian, dijo Raleigh, que sentia interiormente tener que nombrarle, cuando ninguna ventaja le resultaba del modo con que habia fijado la atencion de la reina.

— ¿Tresilian! respondió Isabel, ¡el Mene-lao de nuestra novela! su trage bastaria para disculpar á su Elena; pero ¿en donde está Farnham?... Farnham.... ¿no se llama asi?... el hombre de Leicester.... el París de ese condado de Devonshire.

Nombróle Raleigh, y le mostró con mas repugnancia aun á Varney, en quien habia echado el sastre el resto de su habilidad, para darle un exterior agradable, y que á falta de gracia tenia por lo menos cierto tacto, y un roce de mundo que la suplía de alguna manera.

La reina los miró á los dos alternativamente.

— Presumo, dijo, que el tal Tresilian debe ser harto sabio y filósofo para acordarse en presencia de quien va á encontrarse, y que es uno de aquellos de quienes Geofredo Chaucer dice con talento, que *el mas sabio y científico no siempre es el mas cuerdo de los hombres*. Me acuerdo de que ese Varney es un bribon de lindo pico, y á buen seguro

que la hermosa fugitiva no ha dejado de tener motivos de ser infiel.

Raleigh nada respondió, conociendo que sería contrario á los intereses de Tresilian contradecir á la reina, y no sabiendo tampoco si no valdria mas para él que interpusiese ella al fin su autoridad en un asunto en que los pensamientos de Tresilian se fijaban al parecer con una funesta obstinacion. Miéntras se hallaba ocupado con tales ideas, abriéron la puerta, y Leicester volvió á entrar en la sala acompañado de muchos de sus allegados, y de los nobles que habian abrazado su partido. Tenia el privado un traje de terciopelo blanco el mas rico, que ensalzaba aun la noble presencia, la gracia y bellas disposiciones de su persona: asi es que confesáron todos, cuando se presentó, que era el mas hermoso caballero que pudiera verse. Sussex y los otros personages estaban tambien ricamente vestidos; pero Leicester los eclipsaba á todos con su magnificencia y su gracia.

Isabel le recibió con una afabilidad notable. — Tenemos, dijo, que juzgar un proceso de nuestra competencia, y me interesa como muger y como madre de todos mis súbditos.

Un involuntario temblor se apoderó de Leicester miéntras se inclinaba para mani-

festar á la reina su obediencia. Otro muy semejante asaltó tambien á Varney, cuyos ojos habian estado constantemente fijos en su amo, y con facilidad comprendió, en la alteracion aunque ligera del semblante de Leicester, cual era el objeto de que hablaba la reina; pero consiguió luego Leicester aparentar la serenidad que exigia su tortuosa política, y cuando añadió la reina: — Hablamos de Varney y de Tresilian; milord, ¿se halla aquí esa dama?... respondió sin vacilar: Noble princesa, no se encuentra aquí.

Arqueó las cejas Isabel mordiéndose los labios: «Nuestras órdenes eran estrictas y positivas, milord.» Tal fué su única respuesta.

— Y hubieran sido ejecutadas, ilustre soberana, continuó Leicester, aun cuando hubiesen sido tan solo una simple insinuacion; pero, Varney, acerquese vm. — Este caballero dirá á S. M. por que aquella dama (no pudo pronunciar su boca rebelde las palabras *su muger*) no puede hallarse presente.

Varney se adelantó, y sostuvo sin vacilar lo que efectivamente creia, que la parte citada (pues tampoco osaba llamarla delante de Leicester su muger) se hallaba en una absoluta incapacidad de presentarse á su magestad.

— He aquí, dijo, una certificacion de uno de los médicos mas hábiles, cuyos talentos y probidad conoce monseñor de Leicester, y la de un devoto protestante, hombre de bien y de crédito, el señor Antonio Foster, en cuya casa habita: los dos certifican que se halla atacada de una enfermedad que la impide absolutamente emprender el viage.

— Eso es otra cosa, dijo la reina tomando los certificados, y mirando su contenido. Que se acerque Tresilian. Señor Tresilian, nos interesamos mucho en la situacion de vm. que se halla únicamente ocupado en la suerte de esa Amy Robsart, ó sea Amy Varney. Nuestro poder, gracias á Dios y á la obediencia de nuestros fieles súbditos, no deja de tener alguna estension, pero tiene sus límites, y hay cosas que no son de su competencia. Nos es imposible, por ejemplo, forzar la voluntad y dirigir los afectos de una jóven aturdida, ó hacer que prefiera el saber y la sensatez al brillo y á la elegancia de un cortesano. Tampoco podemos nada acerca de la enfermedad de que parece estar atacada aquella dama, que por consiguiente no puede presentarse aquí como habíamos ordenado. Asi lo testifican en efecto el médico que la visita, y el caballero en cuya casa vive.

— Si me permite vuestra magestad, esos

certificados, respondió Tresilian (que temiendo las consecuencias de una impostura tan peligrosa habia olvidado lo que tenia prometido á Amy), esos certificados faltan á la verdad.

— ¡Como es eso, señor! dijo la reina; ¿duda vm. de la veracidad del conde de Leicester? pero tendrá vm. toda la latitud necesaria para defenderse: en presencia nuestra el último de nuestros súbditos tiene igual derecho de hablar que el primero, y el mas abatido como el mas encumbrado. Será vm. pues escuchado sin el menor obstáculo, pero ¿cuidado con hablar sin pruebas suficientes! Tome vm. y examine por sí mismo las certificaciones, y díganos despues con seriedad si duda de su autenticidad, y cuales son los motivos en que funda sus dudas.

Miéntas hablaba la reina, se acordó Tresilian de su promesa, que combatió fuertemente el vivo deseo que tenia de desmentir con firmeza los documentos cuya falsedad era para él evidente; y su irresolucion preocupó contra él á la reina y á todos cuantos le veian. Daba como un idiota mil vueltas á los papeles sin poder comprender su contenido, y la impaciencia de Isabel empezaba ya á descubrirse.

— Es vm. un sabio, le dijo, y un sabio de

mérito, segun me han dicho; y sin embargo tarda vm. un siglo en leer esas cuatro palabras. ¿Que nos dice vm.? ¿son ciertas ó falsas esas atestaciones?

— Señora, respondió Tresilian con una turbacion muy notable, queriendo por un lado dejar de reconocer los certificados que pronto se encontraria quizá obligado á negar, y por otro deseando cumplir su palabra á Amy, y darle tiempo, segun le habia prometido, de defender por sí misma su causa. — Señora, señora, vuestra magestad me obliga á reconocer unas certificaciones cuya autenticidad deberia ser probada desde luego por los que se defienden con ellas.

— Señor Tresilian, es vm. tan buen abogado como buen poeta, dijo la reina mirandole con disgusto. Me parece que, presentados estos escritos delante del conde de Leicester á quien pertenece este castillo, no debe vm. poner en duda su autenticidad; pero insistiendo asi sobre estas formalidades, Varney, ó mas bien Leicester, pues este asunto pertenece á vm. en este momento (frase que, echada al aire, hizo temblar al conde), ¿que pruebas tienen vms. de la verdad de estas atestaciones?

Dióse prisa Varney en contestar ántes que Leicester.

— El jóven conde de Oxford, que se halla presente, dijo, conoce la letra del señor Foster.

El conde de Oxford, gran calavera, á quien Foster habia prestado dinero á usura en diferentes ocasiones, testificó, habiendo sido preguntado, que era un digno y rico Franklin, y reconoció que la certification era de su puño y letra.

— ¿Y quien reconocerá la certification del doctor? dijo la reina. Se llama Alasco, segun creo.

Masters, médico de su magestad, que no habia echado en olvido el ultraje que habia recibido, y que pensaba que su testimonio podria favorecer á Leicester y mortificar al conde de Sussex y su partido, reconoció que mas de una vez habia consultado al doctor Alasco; habló de él como de un hombre muy sabio, aunque no seguia en su práctica el camino mas acertado. El conde de Hntundon, cuñado del lord Leicester, y la condesa de Rutland, hicieron tambien su elogio; todos se acordáron de la letra de sus recetas, que era exactamente parecida á la de su certification.

— Y ahora espero, señor Tresilian, que basta lo dicho sobre este asunto, dijo la reina. Harémos alguna cosa ántes que se acabe la

noche, para decidir al anciano sir Hugo Robsart á dar su consentimiento. Vm. ha hecho su deber muy de sobra; pero dejaríamos de ser muger, si no nos enterneciesen las heridas que hace el verdadero amor. Asi pues os perdonamos vuestra audacia, y el haberos presentado tan á lo poeta con las botas tan sucias, cuya infeccion por poco no ha neutralizado los perfumes de milord Leicester.

Asi habló Isabel. La delicadeza excesiva de su olfato era uno de los caracteres de su organizacion, como lo probó mucho tiempo despues, cuando arrojó á Essex de su presencia por haberse presentado, como Tresilian, con las botas llenas de lodo. Pero Tresilian habia tenido tiempo de volver en sí de la admiracion que desde luego le habia causado una impostura sostenida con tal audacia, y que desmentia lo que sabia con entera certeza. Se arrojó á los piés de la reina, y cogiendola por un pliegue del vestido, la dijo:

— Señora, si es cristiana vuestra magestad, si es vuestra magestad reina, y debe como tal hacer igual justicia á todos sus súbditos.... escuchandoles, segun es su deseo serlo (y al cielo pido que oiga benigno mis votos), en aquel tribunal en que todos nos presentáremos por la última vez, dignese vuestra magestad concederme un ligero favor, no apre-

surandose á pronunciar: me bastarán veinte y cuatro horas de intervalo; pasado este corto plazo, probaré de una manera evidente que son falsas las certificaciones que hacen ver que aquella dama desventurada está en este momento enferma en el condado de Oxford.

— Dejeme vm., señor, dijo Isabel á quien este movimiento impetuoso habia sorprendido, aunque hubo en ella alguna cosa demasiado varonil y altiva para dejarse amedrentar lo mas mínimo: sin duda está loco este hombre. Mi ahijado Harrington pudiera intercalarle en su poema de Orlando furioso. Sin embargo hay alguna cosa muy estraña en el tono de su súplica. Diga vm., Tresilian, ¿á que se somete vm. si, pasadas las veinte y cuatro horas, no pudiese vm. refutar con pruebas suficientes un hecho tan solemnemente probado como la enfermedad de esa dama?

— Consiento en morir mañana en un patíbulo, respondió Tresilian.

— ¡Bah! dijo la reina, eso es hablar sin juicio: ¿quien ha sido ajusticiado en luglaterra sino en virtud de la ley? Solo pregunto á vm., dado el caso que se halle capaz de comprenderme, ¿si querrá vm., cuando vea frustrado su designio impracticable, confesarme con

franqueza con que intencion le habia concedido?

Calló Tresilian y vaciló de nuevo: conocia que si, en el plazo señalado, se reconciliaba Amy con su marido, seria hacerle un flaco servicio descubrir todos estos misterios delante de Isabel, y manifestar cuanto se habia engañado esta sabia y prudente princesa al creer los testimonios falsos. Esta incertidumbre causó nuevamente la turbacion en sus miradas, en su voz y ademanes; y cuando la reina le repitió con severidad la pregunta, respondió, con palabras confusas, que podria tal vez, es decir, en cierta circunstancia, explicar las razones en que se fundaba para obrar así.

— Por los manes del rey Enrique, exclamó la reina, ¡juro que hay aquí una locura rematada, ó una grande picardía! Raleigh, tu amigo es demasiado pindárico para permanecer en mi presencia; sacale de aquí, adonde yo no le vea, ántes que encuentre lo que anda buscando. Su vena es demasiado impetuosa, y debe ser su residencia, ó bien el monte Parnaso, ó el hospital de los locos de San Lucas. Hubiéramos deseado mucho ver á esa hermosura que ha trastornado el seso de un hombre tan sabio.

Quería Tresilian dirigirse aun á la reina;

pero Raleigh, obedeciendo á las órdenes que habia recibido, se lo impidió, y le condujo en compañía de Blount, casi á la fuerza, fuera de la sala, en donde empezaba á conocer que su presencia era mas perjudicial que provechosa á sus intereses.

Cuando llegaron á la antecámara, Raleigh encargó á Blount que cuidase de conducir á Tresilian á las habitaciones destinadas á la comitiva del conde de Sussex, poniendole en caso necesario un centinela de vista ó dos.

— Esta pasion estravagante, dijo, y segun parece la enfermedad de su querida, le han vuesto loco, pero se calmará luego con algun reposo: en todo caso, que no le dejen salir, pues si la reina volviera á enfadarse de nuevo, le costaria la torta un pan, y le pondria en un calabozo.

— He creido que estaba loco, dijo Nicolas Blount complaciendose en mirar sus medias encarnadas y sus rosetas amarillas, al verle con esas diablos de botas cuyo hedor ha descalabrado á la reina. Le dejaré encerrado, y volveré al momento. Pero dime, Walter, ¿ha preguntado la reina quien soy yo? creo que me ha dirigido una mirada.

— Y veinte tambien; y la he dicho yo que eres un soldado valiente, y un..... Pero, por

el amor de Dios, llevate á Tresilian á mi cuarto

— Voy, voy al momento, dijo Blount; pero me parece que esta vida de la corte no deja de ser divertida; es el medio de elevarse: Walter, amigo mio, ¿le has dicho en efecto que soy un buen militar, y.... ¿que mas, Walter querido?

— Un mozo completo.... Pero anda, vete, por el amor de Dios, no te detengas mas.

Siguió Tresilian á Blount sin hacer resistencia y sin preguntarle cosa alguna, dejándose conducir por él á la habitacion de Raleigh; y se instaló en una cama estrecha que habia en una alcoba, destinada á uno de los criados. Pronto se convenció de que ninguna réplica bastaria á escitar el interes de sus amigos, ni á obligarlos á ponerse de su lado, hasta que, cumplido el plazo en que habia prometido permanecer en inaccion, pudiese descubrirlo todo, ó perdiese el deseo y la ocasion de mezclarse en los asuntos de Amy, reconciliada ya con su noble esposo.

Aunque con mucho trabajo y á fuerza de representaciones que hizo con sosiego y buen modo, logró despues evitar el disgusto y la vergüenza de estar guardado por dos hombres de la escolta de Sussex. Y al fin viéndole Blount acostado y muy tranquilo, dió,

jurando de todo corazon, dos ó tres patadas á las dichosas botas que, segun sus nuevos principios, miraba como un síntoma decisivo, y aun como la verdadera causa de la enfermedad de su amigo, y se contentó con cerrar la puerta. De este modo los generosos y desinteresados esfuerzos del pobre Tresilian, para salvar á una muger que se habia mostrado con él tan ingrata, solo consiguieron aquel dia atraerle la desgracia de su soberana, y hacer creer á sus mejores amigos que estaba loco rematado.

